



ESCRIBE
MI NOMBRE
EN TU
CORAZÓN



ALEXANDRA BLACK



MINSTREL VALLEY

Un amor prohibido durante la era victoriana.

Jasper Lee, hijo mediano de los condes de Mersett —ahora marqueses de Leavenfield—, siempre ha sabido que era diferente a los demás. Consciente de que esto podría perjudicar y avergonzar a su familia, decide marcharse a China, donde se encuentra solo y desamparado. Dotado de un gran encanto, consigue abrirse camino hasta convertirse en alguien importante entre la comunidad china de Beijing. Allí conoce a Ethan Chang un escritor de libros de viajes que se siente inmediatamente atraído por él.

Debido a las intrigas de la corte, Ethan se ve obligado a casarse con una mujer a la que no ama ni podrá amar jamás, lo que lleva a Jasper a huir de China y regresar a Minstrel Valley, donde el miedo, la vergüenza y las dudas lo asaltarán y lo llevarán a alejarse de la persona que ama a pesar de que este se presenta en el pequeño pueblo del condado de Hertfordshire para confesar el amor que siente por él.

¿Conseguirá atravesar todas sus dudas y miedos? ¿Será capaz Jasper de enfrentarse a su familia por amor?

Índice de contenido

Cubierta

Escribe mi nombre en tu corazón

Introducción a Minstrel Valley

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Epílogo

Sobre la autora

Notas

Minstrel Valley es un proyecto novedoso, rompedor y sorprendente. Catorce mujeres que crean una serie de novelas gracias a una minuciosa organización que ha llevado tiempo y esfuerzo, pero que tiene su recompensa materializada en estas quince novelas que vamos a disfrutar a lo largo esta temporada. Esta labor de comunicación entre ellas, el apoyo mutuo, la coordinación y coherencia no hubiese sido posible sin nuestras queridas autoras, que hacen visible que con cariño, tiempo robado a sus momentos de ocio, de descanso y de familia, confianza, paciencia, esmero y talento, todo sea posible. Desde *Selecta* os invitamos a adentraros en *Minstrel Valley* y que disfrutéis, tanto como nosotros, de esta maravillosa serie de regencia.

Capítulo 1

Minstrel Valley, mayo 1865

—¡Pero, lady Helena! ¡Yo la amo! —El apasionado joven tomó la mano de la dama y trató de llevársela a los labios. Ella no mostró comedimiento alguno al apartarla de un tirón—. No diga que no me ama. ¿Cómo puede saberlo si no me ha dado una oportunidad todavía?

Lady Helena Lee enarcó una ceja con evidente indignación y lo fulminó con la mirada.

—Créame, señor Pillford, sé muy bien lo que siento.

Él trató de tomarle la mano otra vez y de nuevo ella la retiró, asqueada por las atenciones no deseadas.

—¡No encontrará a nadie que la ame tanto como yo! —exclamó el caballero con rencor—. ¡Ni siquiera me importa que su padre sea chino!

Helena abrió la boca para dar respuesta al ofensivo comentario, pero no fue capaz de hacerlo porque un sonido familiar la interrumpió.

—¡Croac! ¡Croac!

La joven se puso en pie y miró a su alrededor buscando el origen de aquel horrible croar. ¿De dónde demonios había salido aquel inmundito ser? Y, lo que era más importante, ¿cómo se había colado en el elegante salón de la marquesa de Leavenfield? Porque, que ella recordase, las ranas que llegaban a Landford House no lo hacían solas.

—¡Croac! ¡Croac!

—¿Qué demonios es eso? —chilló Henry Pillford aterrizado.

Helena lo miró burlona.

—Una rana.

—¿Y cómo puede haber una rana en el salón de su casa? ¿No están en ciénagas?

Desde luego, el elegante y refinado Henry Pillford no sabía nada sobre las criaturas del campo. Solo por eso, Helena sintió un profundo desprecio hacia él. O, más bien, aquello solo añadió una razón más para detestarlo. Y la lista de motivos era cada vez más larga.

Le dedicó una sonrisa torcida.

—En mi casa, señor Pillford, las ranas se reproducen como setas. Aunque hacía años que no veía una por aquí.

Unos nueve años, aproximadamente. Desde que su hermano mediano se había marchado de casa. La paz había reinado en Landford House desde entonces... hasta ese momento. Helena era incapaz de comprender cómo se había colado una rana al salón sin la ayuda de Jasper.

Un movimiento en la ventana la sobresaltó y se giró inmediatamente. Frente a ella, con una sonrisa de oreja a oreja, estaba la persona que no había esperado ver de nuevo en lo que le quedaba de vida. Aunque tendría que haberlo adivinado, habida cuenta del pequeño invitado no deseado que croaba desde algún lugar del salón.

No fue difícil para ella reconocerlo. Había cambiado mucho, pero aquella expresión de satisfacción suprema era la misma de siempre. Sin duda había vuelto para sembrar el caos en la tranquila —aunque nunca aburrida— casa de los marqueses de Leavenfield.

Sonrió para sus adentros al comprobar que se había convertido en un hombre muy apuesto, pues, hasta entonces, en su mente todavía era el adolescente que se había marchado de Minstrel Valley nueve años atrás. Aunque había pensado mucho en él, nunca había sido capaz de ima-

ginarlo como un hombre adulto, a pesar de que había visto todos los cambios que se habían producido en Andrew, su hermano mayor, con el paso de los años. Y ahora tenía frente a sí a aquel hombre de rasgos exóticos —mucho más que los de cualquiera de los hermanos Lee—, anchos hombros y sonrisa arrebatadora, y le costaba asociarlo con aquel adolescente larguirucho y escuálido que colaba ranas, ratones y todo tipo de insectos en casa con la única intención de asustarlas a ella y a su hermana gemela.

—Está por allí. —El recién llegado señaló la butaca preferida de su madre—. ¿Todavía no has aprendido a cazar ranas?

Helena, a pesar de la alegría de verlo de nuevo después de tanto tiempo, frunció el ceño y puso los brazos en jarras con fingida indignación.

—No, porque desde que te fuiste no me vi en la necesidad de hacerlo.

Él rio y entró en el salón con un salto limpio, sin apenas apoyarse en el marco de la ventana, y Helena admiró su excelente forma física. No conocía a ningún caballero que fuese capaz de saltar por la ventana de aquel modo. Aunque Jasper no parecía un caballero. Al menos no en aquel momento, a pesar de que tenía un porte admirable. Tenía el cabello demasiado largo, pues le caía ondulado hasta los hombros, y lucía barba de tres o cuatro días. Helena pensó que, al contrario que Andrew, que poseía la belleza elegante de su padre, la de Jasper era absolutamente salvaje. Tanto ella como Harmony lo llamaban «el indómito Jasper», pues era como una fuerza de la naturaleza: imposible de contener.

El olvidado señor Pillford lo miró con sorpresa y con un deje de resentimiento, no solo por su agilidad, sino también por su estatura y atractivo físico. Y porque, lejos de pensar que era un pariente de la joven, dio por hecho que su amada *lady* Helena mantenía algún tipo de relación ilícita con aquel hombre y que aprovechaba la ausencia de sus

padres para reunirse con él en la casa. Un pensamiento nada halagüeño de alguien que decía amarla con devoción.

—Se supone que una dama no debe recibir a sus pretendientes a solas. Los hombres son peligrosos, ¿no lo sabías?

Henry se sintió ofendido por sus palabras. ¡Él no presentaba ningún peligro para *lady* Helena! ¿Cómo se atrevía aquel individuo a hacer semejante acusación? Y, lo que era más importante, ¿por qué hablaba con ella de aquel modo? Tendría que mostrar más respeto, más educación. ¡Era la hija de un marqués, por amor de Dios!

Helena resopló con fastidio mientras lo veía acercarse a la rana y cogerla con ambas manos en un movimiento tan rápido, que el animal no habría podido escapar aunque lo hubiese deseado. Su experiencia en aquel terreno era indiscutible, y Henry frunció el ceño, molesto. Y, por qué no decirlo, también un poco avergonzado por no haber sido él quien se hubiera hecho cargo de la situación y atrapado la rana, en lugar de contener el deseo de subir las piernas al sillón para evitar que el animal le trepase por ellas, por mucho que un hombre educado y refinado como él no tuviese por qué saber cómo cazar alimañas. Sin duda *lady* Helena comprendería que él no era un salvaje como aquel individuo. Solo alguien sin educación podría comportarse de aquel modo. Ella lo vería, estaba seguro. *Lady* Helena no podía dejarse engañar por su aspecto, no podía ser tan superficial como para permitir que el atractivo de aquel hombre la cegase.

—Lo sé, pero el señor Pillford irrumpió aquí mientras estaba leyendo y...

El recién llegado frunció el ceño, molesto.

—¿Irrumpió aquí? ¿Quieres decir que ni siquiera tuvo la decencia de anunciar su presencia? —Ella asintió con un mohín—. Ve a buscar una cesta o algo para meter a esta amiguita mientras hablo con... —Lanzó una mirada asesina al señor Pillford, que se encogió en su asiento con el pavor

reflejado en el rostro. El recién llegado suspiró con resignación—. Él.

Helena lo miró unos instantes y luego al señor Pillford, que permanecía en su silla, totalmente acobardado por la presencia del otro hombre, y les dedicó a ambos una sonrisa angelical. Si hubiese sido Andrew, la habría regañado por tratar mal al «pobre hombre» y la habría obligado a ofrecerle té y pastas. Jasper, en cambio, no parecía tener esas intenciones.

—Entonces, si haces el favor de ayudarme con este asunto, iré a buscar la cesta para ti —dijo con voz cantarina.

Si Jasper jugaba bien sus cartas se vería libre de aquel idiota para siempre. Estaba tan emocionada que quería dar saltos de alegría.

Jasper la empujó hacia la puerta con un hombro para apurarla y, cuando Helena hubo abandonado la habitación, se volvió hacia el invitado no deseado.

—Cuando una mujer dice no, es que no —dijo con un tono tan suave, que el señor Pillford se envalentonó y se enderezó en su asiento pensando que, a pesar de su estatura y la más que evidente musculatura bajo el elegante traje de color gris, era un corderito fácil de manejar. Aunque no dejaba de mirar la rana que sostenía entre las manos, temeroso de que la soltase de nuevo—. Además, cuando una dama le dice que no tiene sentimientos por usted, debe retirarse con la elegancia de un caballero. —Lo miró de arriba abajo con desdén—. Lo sea o no, es lo que debe hacer.

Pillford no percibió la frialdad de su mirada, ni el músculo que se expandía y contraía en la mandíbula. Solo podía pensar en que alguien que hablaba con tal suavidad no podía ser peligroso, así que lo miró con arrogancia. Y fue precisamente aquella soberbia suya la que lo llevó a enfrentarse a aquel hombre, creyendo que él podría superarlo en cualquier terreno.

—¿Lo dice porque escuchar conversaciones ajenas a escondidas, soltar ranas en el interior de una casa que no le pertenece y entrar por la ventana es lo que usted entiende por educación? —Se levantó e hinchó el pecho tratando de mostrar toda esa hombría en la que él creía firmemente y de la que se sentía tan orgulloso—. ¿Quién demonios es usted y por qué se comporta como si esta fuese su casa? ¿Cuál es su relación con *lady* Helena?

El recién llegado sonrió y miró la postura del otro con la burla bailando en las pupilas. El tono de sus palabras era tan ofensivo que, de no haber tenido la rana sujeta con las dos manos, le habría roto la nariz de un puñetazo. Y se lo merecía, sin duda. Mucho había cambiado Helena si todavía no había reunido el valor de golpearlo con saña. Aunque —de eso estaba seguro—, sin duda se moría de ganas de hacerlo. ¡Qué tipo más ridículo, por amor de Dios! ¿Cómo podía siquiera considerarse un hombre comportándose de aquel modo? Hinchando el pecho e intentando demostrarle que era más hombre que él. ¡Ni que aquello fuese un concurso de masculinidad! Si lo fuese, era obvio que no sería el señor Pillford quien saliese ganando.

—Cuidado con sus palabras, señor... —dudó—. ¿Pittiford?

—¡Pillford! —exclamó el otro, indignado.

—Pillford o Pittiford, ¿qué más da? Dudo que volvamos a verlo por esta casa. —Henry, enfurecido, no tuvo valor para hacer nada más que resoplar y sonrojarse hasta la raíz del cabello—. Como le decía, cuidado con sus palabras. Mi relación con la dama es una de las más sagradas que existen. —Se inclinó hacia él, haciendo alarde de su elevada estatura—. Soy su hermano.

—¡Imposible! —exclamó el otro, indignado—. ¡Conozco a su hermano y usted ni siquiera se parece a él!

—¡Por supuesto que no, no me insulte! Si me pareciese un poco a Andrew me tiraría del puente del Pasatiempo. —

Fingió un estremecimiento—. Soy *lord* Jasper Lee, el otro hermano de *lady* Helena.

Hizo hincapié en el título de ambos, pero el otro, que nunca había oído hablar de él ni se había molestado en conocer gran cosa de la familia, se negó a creerlo.

—Los marqueses solo tienen tres hijos —insistió—. ¡Todo el mundo sabe!

Jasper enarcó una ceja y se echó a reír.

—¡Santo Cielo! Tanto fervor amoroso debe haberle derretido el cerebro. —En ese momento entró Helena cargando una cesta con tapa y se acercó a Jasper sin dirigirle una sola mirada al otro hombre—. ¿Puedes decirle al señor Pittiford quién soy? Se niega a creerme.

Helena abrió la boca para corregir a Jasper, pero decidió no hacerlo. La expresión enrabiada de su pretendiente era lo más gracioso que había visto en mucho tiempo.

—Mi hermano, *lord* Jasper Lee. —Se volvió hacia este—. ¿Por qué no nos avisaste de tu regreso? ¡La casa se ha convertido en un caos por tu culpa! La señora Andersen está dando órdenes a diestro y siniestro buscando un lugar en el que alojarte.

Jasper rio y metió la rana en la cesta.

—Quería daros una sorpresa. No imaginé que a mi llegada escucharía fervorosas palabras de amor dirigidas a mi hermanita. —Rodeó los hombros de la joven con un brazo y se volvió hacia el señor Pittiford—. Señor Pittiford, ¿quedan resueltas sus dudas? Si es así, le agradecería que se marchase de *mi* casa y que no vuelva a pisarla. También que no moleste más a mi hermana. Ella ya le ha dejado claro que no quiere saber nada de usted. Compórtese como un caballero y no insista en algo que no sucederá.

Henry Pittiford, hombre acostumbrado a conseguir siempre todo lo que quería, miró a los hermanos y señaló a Jasper con el dedo.

—Esto no termina aquí.

Jasper soltó una carcajada y lo miró, burlón.

—Pero bueno, hombre, no me asuste cuando acabo de llegar a casa. —Hizo un gesto con la mano para despedirlo—. Cuando encuentre a sus padrinos, avíseme. Estoy seguro de que será una contienda de lo más entretenida.

Ambos observaron a Pillford mientras se marchaba y luego se miraron a los ojos, risueños.

—Creo que todavía no se cree que somos hermanos.

Helena le dio un puñetazo en el hombro.

—¡Eres un demonio, Jasper Lee! ¿Cómo es posible que no hayas aprendido nada en nueve años?

—¡Eh! ¡Acabo de salvarte de un pretendiente no deseado! Algo he aprendido. Si hubiese sido antes, te habría abandonado a tu suerte. En esta ocasión incluso traje ayuda.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho y frunció el ceño en un gesto que pretendía ser amenazante, pero que en realidad solo lo era cuando lo hacía su madre.

—¡Debiste informarnos de tu regreso!

—Y tú deberías darme la bienvenida como corresponde. —Dejó la cesta sobre una silla y abrió los brazos para recibirla en un abrazo, pero solo recibió una patada en la canilla—. ¡Ay! ¡Maldita sea, mujer! ¿Qué mal te ha hecho mi pierna?

Se frotó la zona dolorida con una mueca de disgusto. Helena lo miró altanera.

—Era pegarte a ti o aplastar esa cosa asquerosa de la cesta. ¡Sabes que odio las ranas!

—No insultes al pobre anfibio. Te ha salvado de ese baboso. —La expresión de Helena se suavizó al reconocer que, efectivamente, así había sido—. Vamos, ¿no me vas a dar un mísero abrazo? Hace nueve años que no ves a tu hermano favorito y ni siquiera pareces un poco emocionada.

—Mi hermano favorito es Andrew —respondió ella, altanera.

Él le lanzó una mirada socarrona.

—¿Debería marcharme de nuevo? —Jasper suspiró teatralmente y recuperó la cesta—. En fin... supongo que no soy bienvenido... —Otro suspiro—. Llevaré a esta pequeña a su hogar y luego me subiré en el primer barco que vaya a China. Es obvio que no hay sitio para mí en esta casa.

A pesar de que sabía que solo fingía, el tono lastimero de Jasper ablandó a Helena, que lo tomó por la mano y lo miró a los ojos un instante antes de ponerse de puntillas y besarlo en la mejilla.

—Bienvenido a casa, tonto.

Él sonrió y envolvió a su hermana en un efusivo abrazo. Ella protestó al principio, pero al final cedió y correspondió a la muestra de afecto. Cuando por fin se separaron, tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Te has convertido en una mujer muy hermosa —dijo Jasper mirando a Helena de hito en hito—. Si te hubiese visto en la calle, no te habría reconocido.

Ella también valoró los cambios en el aspecto de su hermano.

—Tú sí que has cambiado. Ahora eres un hombre muy apuesto. Todas las jóvenes casaderas se volverán locas al verte. —Él rio al escucharla y ella frunció el ceño—. Hablo en serio. Eres realmente guapo y... exótico.

—¡Ah! Eso de guapo y exótico lo he escuchado mucho —bromeó él—, pero suena más a un objeto bonito que debe ser expuesto que a un interés real por lo que llevo aquí dentro. —Se palmeó el pecho con exagerado dramatismo—. Siento que mi extraordinaria belleza opaca mi magnífica personalidad.

—¡Jasper! —exclamó Helena, frustrada—. ¿Es que no puedes tomarte nada en serio?

Él la miró, ofendido.

—¡Lo hago! —Se señaló el rostro con gesto ceremonioso—. Nacer con esta cara es algo que siempre me he tomado en serio. Saberme una criatura tan hermosa ha marcado cada una de mis decisiones.

Helena puso los ojos en blanco.

—Eres imposible. Ni siquiera soy capaz de recibirte con la solemnidad que requiere la ocasión. —Él sonrió, divertido, y ella señaló la cesta—. Lleva esa cosa a... a donde sea que la hayas encontrado o mamá te llevará por las orejas cuando vuelva.

—¿Solemnidad en casa de la familia Lee? —preguntó socarrón—. No he visto nada semejante en toda mi vida. ¿Me acompañas, hermanita? —La cara de repulsa de Helena le arrancó un suspiro resignado—. Supongo que no. Ni siquiera temes que me pierda por el camino. Eres una hermana desalmada.

—Y tú mereces el papel principal en cualquier obra de teatro de Drury Lane.

Los ojos de Jasper brillaron.

—¿Crees que tendría futuro? —Fingió pensar—. Intenté entrar en la ópera de Beijing, pero me rechazaron... —Hizo un par de movimientos y cantó dos versos imitando a dichos actores—. No entiendo por qué no me eligieron, pues tengo un talento extraordinario.

—¿En serio? —preguntó Helena, emocionada—. Papá siempre dice que le encanta la ópera de Beijing.

Él le dio un suave golpe en la nariz con un dedo y se echó a reír.

—¡Por supuesto que no, mocosa!

Y, riendo, abandonó la casa. Helena arrugó la nariz con disgusto.

—De todos modos, ¿de dónde demonios saca las ranas? —preguntó al aire.

* * *

Jasper caminó con paso lento hasta el puente del Pasatiempo y luego se dirigió hacia el pequeño riachuelo que, escondido entre árboles y maleza, ocultaba una fauna de lo más variada. Abrió la cesta y sacó la rana de ella para dejar-